PUENTES HISPANICOS ENTRE EL PARAGUAY Y LOS ESTADOS UNIDOS (1)

Hace algún tiempo que vengo intentando exponer las razones por las que, según mi modesta opinión, los Estados Unidos deben ser considerados como parte del mundo hispánico. Si es evidente que en algunos aspectos —no niego su importancia— muestran su predominante anglosajonismo que les diferencia de sus vecinos del sur, no lo es menos que reúnen también una serie de datos positivos, en su historia pasada y en su acontecer presente, que les hacen acreedores —casi diríamos que por derecho— a sentarse en la mesa de los países descendientes de España. Siendo importante la presencia española, en el tiempo y en el espacio, en las tierras al norte del Río Bravo (2), no le van a la zaga las concomitancias o paralelismos que pueden hallarse —a través de la clave española— entre la patria de Washington y las de Juárez y Bolívar, Palma y Rodó, Gabriela Mistral y Jorge Isaac, Sucre y San Martín, Martí y Gaspar Rodríguez de Francia.

En los presentes cruciales momentos en los que todos los países del mundo se percatan de la necesidad de unirse, las naciones americanas no deben escatimar vinculaciones constructivas y procede, en cambio, que fomenten cuantos lazos contribuyan a un insoslayable proceso integrador. Si en la aproximación de los pueblos del Nuevo Mundo cuentan los imperativos geográficos, de mayor garra serán las motivaciones que el hispanismo comporta. Afirmación que es aplicable a los hispanoparlantes entre sí, y a éstos en relaciones con los Estados Unidos. Una serie de puentes, a base de elementos comunes, pueden trazarse entre unos y otros, y de tal

(1) El presente artículo se basa en el texto de una conferencia que pronuncié en la Academia Paraguaya de la Historia, en Asunción, el día 23 de agosto de 1974, en ocasión de ser nombrado Miembro correspondiente.

(2) Carlos M. Fernández-Shaw: «Presencia española en los Estados Unidos». Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1972. Las referencias a Estados Unidos aparecidas en este artículo proceden en su mayoría de la obra aquí reseñada.

iniciativa no se desprenderán más que beneficiosas —y quizá a veces sorprendentes— consecuencias.

En la presente oportunidad me he propuesto la tarea de tender varios puentes —los que yo he vislumbrado— entre los Estados Unidos y el Paraguay. En realidad, ya se hallan tendidos por una serie de factores que irán saliendo a colación; yo más bien me limitaré a hacerlos resaltar, mostrándolos a la curiosidad de quienes se interesan por las relaciones internacionales y por el venturoso porvenir de América. Apasionante trabajo éste de patentizar cuanto de positivo une a los pueblos, quehacer que ojalá pueda extender yo en lo sucesivo a otros países del continente.

Voy a utilizar como materiales de construcción sólo aquellos en que España ha tenido una influencia directa, y he de huir de cualquier tentación de tratar los temas indígenas y aun los que conectan a los mencionados países en su actuación, como Estados independientes.

Si de acuerdo a lo indicado el marco de nuestro deambular va a circunscribirse a los períodos comprendidos entre la aparición de los españoles en las áreas geográficas y propuestas y la desaparición de ellas de España en función soberana, tendamos en primer lugar el puente del *tiempo,* y constataremos que en el lado paraguayo nos moveremos entre 1524 —fecha del descubrimiento de las tierras guaraníes por Alejo García (recordemos los versos que Juan E. O'Leary le dedica) y 1811, año de la Independencia; en tanto que 1513 indicará en los Estados Unidos el punto de partida de nuestras pesquisas, con el arribo de Juan Ponce de León a las costas de Florida en busca de la fuente de la juventud, y 1822 marcará el punto final al verificarse la partida del último gobernador español de California. Salta inmediatamente a la vista que entre la fecha augural norteamericana de 1513 y la correspondiente paraguaya existen diez años de adelanto en la presencia española en el norte, dándose igualmente once años más de dicha permanencia en tierras norteamericanas si se resta 1811 de 1822. Como datos interesantes, tal vez no suficientemente meditados, puede señalarse que durante los siglos de su simultáneo dominio en estas regiones septentrionales los Reyes de España contaban con extensiones muy superiores a las de los Reyes ingleses y que en 1811 la bandera de Su Católica Majestad ondeaba todavía sobre más de dos millones de kilómetros cuadrados de los actuales Estados Unidos (3).

Echadas esquemáticamente las coordenadas del puente levadizo

---

(3) Idem, pp. 27 y 28.

del tiempo, delineemos de igual manera las del puente del *espacio*. Y aquí nos encontramos con que la amplia geografía norteamericana depara paisajes semejantes a los paraguayos; y si el Chaco es una zona desértica de considerable magnitud, no lo son menos las áridas tierras que se desparraman por los Estados de California, Arizona —su etimología es significativa—, Nuevo México y Texas; y si con selvas cuenta la zona oriental de Paraguay, Florida —pongo por caso— gozó en tiempos de naturaleza tan inhóspita que puso a dura prueba el ánimo valeroso de los conquistadores. No es de extrañar, pues, que la historia de los primeros tiempos esté salpicada de episodios análogos, y si Alejo García, Ayolas, Cabeza de Vaca e Irala tuvieron que entendérselas malamente con el Chaco, no olvidemos las penalidades que sufrieron Vázquez de Coronado, Sánchez de Chamuscado, Juan de Oñate y el padre Garcés para superar las dilatadas planicies del suroeste norteamericano, extensión que justifica la constitución de renombrado «llano estacado». Si los bosques paraguayos todavía no dan medida hoy de su densidad (recordemos, por ejemplo, los comentarios de Azara) y si los exploradores procedentes del paraje brasileño de Santa Catalina tuvieron que abrirse paso a punta de machete en frondosidades casi impenetrables hasta llegar a dominios de los carios (y no sólo varones avezados como Alejo o Alvar, sino damas del empuje de doña Mencía Calderón, por no citar otras) (4), los habitantes del Castillo de San Marcos y de las misiones colindantes atravesaban a duras penas la península de la Florida para comunicarse con el Fuerte homónimo en el sector occidental y con la localidad de Pensacola, y lo mismo han quedado, como páginas de la historia, los trabajos de don Tristán de Luna, en 1559, por alcanzar las metas dispuestas en las órdenes colonizadoras de S. M. don Felipe II.

El río de la Plata fue factor determinante en la civilización de las tierras que componen su cuenca: por él ascendieron Gaboto y los capitanes de don Pedro de Mendoza y por él descendieron Juan de Garay y sus compañeros fundadores; el río Mississippi fue, a su vez, la columna vertebral de las extensas posesiones de la Luisiana y, de la misma manera, su afluente el Missouri constituyó una excepcional vía de penetración de los exploradores y comerciantes españoles del siglo XVIII en los Estados de Nebraska, Wyoming y Montana. De más está decir el papel fundamental que jugó el río Bravo para la constitución de las localidades de las llamadas Provincias Internas, situadas en una y otra ribera, y hoy pertenecientes a

(4) Josefina Cruz: «Doña Mencía la Adelantada», Editorial La Reja, Buenos Aires, 1960.

México y a Texas. Y baste mencionar como telón de fondo que si las primeras expediciones españolas tuvieron en este sector sur como fin y tope la cordillera de los Andes, fueron las Montañas Rocosas, continuación septentrional de aquel imponente macizo, las que constituyeron serios obstáculos para los exploradores españoles hasta que Juan de Rivera las atravesara por primera vez, seguido de los Padres Vélez de Escalante y Domínguez, los tres en la segunda mitad del siglo XVIII.

Tendamos otro puente, el tercero —el de la *lengua española*—. Firmes son sus asientos en el lado paraguayo, no obstante compartir con el guaraní la expresión del pensamiento de sus moradores. Base de su nacionalidad y lengua oficial del Estado, se estudia como tal en los distintos grados de la enseñanza e, independientemente de los desvelos de las autoridades por su recta difusión y su defensa, se halla su custodia atribuida a la Academia Paraguaya de la Lengua en estrecha colaboración con las otras Academias hermanas. También al otro lado del puente existe una Academia que «limpia, fija y da esplendor», precisamente en la cosmopolita ciudad de Nueva York, y de reciente creación. Y es que en los Estados Unidos la lengua española sólo va en zaga a la inglesa en número de adeptos: catorce millones de hispanohablantes se distribuyen en la rosa de sus vientos (¿en qué número de orden habrá que colocar a esta nación americana entre sus hermanas?) y, dejando aparte el Estado Asociado de Puerto Rico, es hablada como propia por aquellos ciudadanos de la Unión que manejando usualmente el inglés se enorgullecen de su estirpe hispánica. Viajando por aquel territorio no puede uno por menos de sorprenderse de la manera como se ha conservado nuestro idioma en las áreas de Nuevo México, Arizona, Colorado, Luisiana, Texas y California, y en menor medida en Florida, Nevada y la ciudad de Mobile. ¡Qué sorpresa escuchar el español en algunas parroquias de Luisiana y qué dulce suena nuestra lengua en San Antonio de Texas o en la localidad, denominada Pueblo, en el Estado de Colorado! Sigue siendo idioma oficial de Nuevo México el que habló Quevedo, y pueden jurar en Nueva York la constitución en español y votar, por tanto, los ciudadanos norteamericanos de nuestra habla; y la ciudad de Miami cuenta desde comienzos de 1967 con dos idiomas oficiales debido a la gran masa de exiliados cubanos. Recordemos por último los Estados cuyos nombres tienen origen español, a saber: Florida, Texas, Nuevo México, Colorado, California (¡aromas de «Las Sergas de Esplandian»!), Montana (cayó la tilde de la «ñ»), Nevada, Arizona y Oregón (por los indios «orejones», como los descritos en el puerto de los Reyes, sobre el

río Paraguay, por Pero Hernández, el escribano del Adelantado Alvar Núñez).

Vaya ahora otro puente más y no el de menor importancia: el de la *religión*. Paraguay fue desde sus comienzos campo de evangelización y se tiene noticia de las expediciones que consigo trajeron clérigos o religiosos. Ya en la capitulación de don Pedro de Mendoza se exigió al futuro Adelantado que llevase religiosos o personas eclesiásticas y se pidió al guardián del convento de San Francisco de Sevilla «nombre dos religiosos que vayan con el dicho Pedro de Mendoza» (5). En el acta de la fundación de Asunción consta la presencia de dos religiosos, probablemente franciscanos. El primer obispo, fray Pedro de la Torre, llegó a la Asunción, capital de la conquista, en abril de 1556, siendo recibido con entusiasmo por Irala y la población asuncena, según reseña Julián María Rubio (6). Singularidad de la historia del río de la Plata es el carácter generalmente pacífico que tuvo la predicación de la religión cristiana entre los guaraníes. En las filas de la orden franciscana pronto se destacó fray Luis de Bolaños, quien durante cincuenta y cuatro años adoctrinó a los indígenas y fundó los pueblos de Caazapá, Yuti, Itá, Itapé, Los Altos y Yaguarón (7). Los jesuitas vinieron merced a las gestiones de Hernandarias, y en 1607 constituyóse la provincia jesuítica del Paraguay, cuyo primer provincial fue el padre Diego de Torres. A poco se iniciarían las reducciones que llegaron al número de 30 y que se desmoronarían con la expulsión de la orden por el Decreto de Carlos III. Gran tentación supone tratar más extensamente este tema, pero rebasaría el objetivo que nos hemos trazado.

Paralelamente, en el lado norteamericano, llegó la fe católica junto con los conquistadores. Dos intentos hicieron los dominicos por participar en la evangelización: con fray Luis Cáncer, en Florida, en 1549, y en la colonia de San Miguel de Gualdape, en las Carolinas, en 1526, acompañándoles el fracaso en ambos. Los jesuitas españoles actuaron en dos sectores: en la segunda mitad del siglo XVI en Florida, Georgia y Virginia (se establecieron en 1570 cerca de Washington, en Axacan), sin gran éxito en verdad, y en las tierras de Sonora y Arizona a finales del siglo XVII y todo el XVIII, hasta su expulsión, debido al fenomenal impulso dado por los famosos Padres Kino y Salvatierra. Si las misiones jesuitas consiguieron mayor auge en el Paraguay que

(5) Julio César Chaves: «Descubrimiento y Conquista del Río de la Plata y el Paraguay», vol. I de la «Historia General del Paraguay». Ediciones Nizza, asunción, 1968, p. 77.

(6) Julián María Rubio: «Exploración y Conquista del Río de la Plata. Siglos XVI y XVII», tomo VIII de la «Historia de América». Salvat Editores, S. A., Barcelona-Buenos Aires, 1942, p. 269.

(7) Carlos Zubizarreta: «Cien Vidas Paralelas». Ediciones Nizza, Asunción, 1961, p. 34.

las franciscanas, en los Estados Unidos ocurrió lo contrario: corresponde a los padres seráficos la gloria de haberse mantenido en Georgia y Florida occidental, de haber sustituido a los hijos de San Ignacio en la Pimería Alta y en la costa oriental, de haber acompañado a los conquistadores en los difíciles días de la incorporación de Nuevo México a la Corona, y de haber desarrollado bajo el caudillaje de fray Junípero Serra la admirable teoría de las misiones californianas en el espacio de los cincuenta años anteriores a la independencia de México. En total, y aparte de otras edificaciones destinadas al culto, como las levantadas en los territorios de la Luisiana, se puede concluir que los religiosos españoles elevaron un mínimo de 198 misiones, algunas de ellas todavía en pie y de extraordinaria belleza artística, como San Xavier del Bac, en Arizona; San José, en Texas, o Santa Bárbara, en California.

Si el jesuita Roque González de Santa Cruz y sus compañeros recibieron en 1628 la palma del martirio en su reducción, su hermano en religión el padre Pedro Martínez moriría a manos de los indios en 1566 ante las costas de Georgia (varios otros le seguirían años después en la misma región), en tanto que el franciscano Juan de Padilla fue asesinado en las llanuras de Kansas en 1542, siendo considerado el protomártir norteamericano. El padre Bolaños tradujo al guaraní antes de 1603 su «Catecismo Breve», en tanto que el padre Ruiz de Montoya publicó en Madrid en 1640 el «Arte y Vocabulario de la lengua guaraní» y el «Tesoro de la lengua guaraní» (8). Cruzando el puente religioso y trasladándonos a las tierras del Norte, comprobaremos que la primera gramática india compuesta en ellas se debe al jesuita hermano Báez, de las misiones de Georgia, y que es el padre Pareja el autor de la primera gramática y vocabulario de los indios timucuas. Situado en el otro lado del continente norte, constataremos que el padre Arroyo de la Cuesta, de la franciscana misión de San Juan Bautista, de California, escribió —ya en el siglo XIX— dos importantes obras en la lengua mutsumi.

La primera Navidad al norte del golfo de México fue celebrada en 1539 por Hernando de Soto y sus hombres; la primera misa parroquial se dijo en la Misión de Nombre de Dios el 8 de septiembre de 1565, siendo la iglesia de San Francisco de esta ciudad la más antigua de los Estados Unidos; el padre Larios cantó la primera misa en los contornos de Texas el 16 de mayo de 1675 y en California se celebró por vez primera el 1 de julio de 1769; la iglesia más antigua en uso, cuyos primitivos muros se conservan, es la Misión de San Mi-

(8) Idem, p. 40.

guel, de la ciudad de Santa Fe, Nuevo México, construida en 1610, y la iglesia que ha servido más tiempo como catedral es la de San Luis, en Nueva Orleáns, elevada en 1794 (comparemos la temprana construcción de la catedral asuncena).

Si en las tierras del Plata la imagen mariana de la Conquistadora irradió —en frase de Carlos Zubizarreta (9)— sus fulgores de esperanza redentora en los días heroicos del coloniaje, en las regiones del Río Grande la misma Conquistadora, en talla traída de España en 1625, inflamó la piedad desde entonces a blancos e indios, fue la galvanizadora de la reconquista de Santa Fe en 1693, es venerada en la catedral de la capital de Nuevo México y existe organizada en su torno una Cofradía —muy activa, por cierto— responsable del festival mariano número uno en Norteamérica.

Atravesado el puente de la religión, transitemos ahora por el más prosaico de la *economía,* pero no menos significativo por lo que supone de simultánea aportación de S. M. hispánica al desarrollo de las dos alejadas regiones de sus Reinos de Indias. Los veinte caballos que trajo Alvar Núñez consigo en su viaje a través del Brasil constituyeron el origen de la riqueza caballar del Paraguay. En 1550, Ñufrío de Chaves trajo las primeras ovejas y cabras. En 1555, Juan de Salazar y sus compañeros importaron, a su regreso de España, siete vacas y un toro. A finales del siglo XVI ya existían —anota Moreno— haciendas particulares que adoptaron desde entonces la denominación de estancias. A mediados de la misma centuria se introdujeron la caña de azúcar, el trigo, el arroz —Gaboto lo trajo—, la cebada, las naranjas dulces, la vid, los higos, los melones... (10). Trasladándonos a las tierras del Norte, las primeras terneras que entraron en el actual territorio de los Estados Unidos fueron llevadas por Ponce de León a Florida, en 1521, territorio que volvió a ver su tierra hollada por las vacas, ovejas y cerdos de la expedición de Hernando de Soto, en 1539, fecha aproximada a la de la aparición de Vázquez de Coronado en el Suroeste con quinientos caballos, otras tantas vacas y cinco mil ovejas, cabras y cerdos. Pero independientemente de los animales que escaparan y se convirtieran a la vida salvaje, como los «razorback hogs» de Alabama y Arkansas, el origen de la actual riqueza ganadera norteamericana tiene su punto de partida en el ganado importado por don Juan de Oñate en 1598 en Nuevo México. El famoso «longhorn» de Texas remonta su origen a los tiempos virreinales, y recibió el nombre de «mesteño» («mustang», en inglés, hoy utilizado para una mar-

(9) Idem, p. 38.

(10) Hipólito Sánchez Quell: «Estructura y Función del Paraguay Colonial». Casa América, Asunción, 1972, pp. 67-75.

ca de automóviles) el grupo de animales sin marcar. Paralelamente a la introducción del caballo, se formó una categoría humana de enormes repercusiones en la historia y en la civilización nacional: de la misma manera que en el Río de la Plata surgió el gaucho o el caballista paraguayo, al norte del Río Grande aparecieron los primeros jinetes, dotados de una propia filosofía y vestidos con atuendos peculiares, que no son más que los antecedentes del popular «cow-boy». Tengamos presente el predominante papel en el «Far-West» del caballo en las luchas entre pioneros, comanches y apaches. En el campo agrícola las aportaciones del blanco español fueron igualmente novedosas y las ubérrimas tierras del Continente Norte abrieron alegremente sus entrañas a las desconocidas semillas de trigo, avena, centeno, manzana, almendra, naranja, limón, vid, etc., y ello a partir del establecimiento de las colonias de Ayllón en las Carolinas y de Tristán de Luna en Pensacola, o de la entrada de Coronado desde México y de fray Junípero en California.

Elijamos ahora un puente más aéreo, más espiritual —y van seis—, el de *las artes y las letras,* e incluso el de las diversiones o festejos populares. Cualquiera que visite el Museo de Arte Popular de Santa Fe o el Taylor Museum de la ciudad de Colorado Springs observará en sus vitrinas o anaqueles una serie de los llamados «santos» o «bultos», que son imágenes religiosas, talladas en su totalidad o solamente en la cara y sus extremidades (cubierto el resto con ropas), esculturas que bien pueden considerarse hermanas de algunas de las tallas exhibidas en el Museo Bogarín, de Asunción, o en el de los jesuitas de San Ignacio, y ello tanto desde un punto de vista de técnica e inspiración artística como el del tema elegido, pues si San Miguel era un personaje popular en las reducciones y San Isidro contaba con marcada devoción en éstas, no les venía en zaga su nombradía en las misiones franciscanas en torno al Río Grande. Análoga sensación percibirá en el terreno de las artes populares quien contemple las mercancías expuestas en la feria artesanal de la plaza de la Independencia de Asunción y quien visite el mercadillo instalado en la «recova» del Palacio de los Gobernadores, de Santa Fe. Y si en la capital de Paraguay, por cierto, se acerca algún vendedor indio que responde con nombres castellanos, en Nuevo México uno se encontrará con un cacique, Teófilo Romero, pongo por caso en propia experiencia, procedente de Taos, sede de los indios pueblos, empuñando un bastón de plata, regalo a sus antepasados de Su Majestad Carlos IV.

También podemos hallar concomitancias en las fiestas populares y en aquellas de marcado matiz religioso. Las crónicas reseñan los rego-

cijos organizados en Paraguay en época colonial con ocasión de festividades oficiales, días patronales u otro importante motivo, así como las ceremonias religiosas, procesiones y demás prácticas piadosas que daban lugar a posteriores diversiones de tipo profano (11). No diferente era el proceder en tierras septentrionales, que en ciertos sectores todavía perdura: trasladémonos un momento, por ejemplo, a la procesión santafecina del Corpus Christi, organizada por la agrupación denominada «Los Caballeros de Vargas», o la que sale de la Catedral en torno a Nuestra Señora del Rosario; o en el mes de agosto a la californiana ciudad de Santa Bárbara, y allí participaremos de la «Old Spanish Days Fiesta» con competición de vaqueros, noches de ronda, bailes populares e, incluso, la «Misa del Presidente». En materia teatral, los Cabildos paraguayos y los jesuitas fomentaron las representaciones teatrales, de predominante contenido religioso y patriótico (repasemos el estudio de Natalicio González) (12); contemplemos, por otra parte, la supervivencia teatral hispánica en la anteriormente aludida ciudad californiana y en los autos, navideños o de Semana Santa, que todavía se representan en Santa Fe, o en San Antonio de Texas, como reminiscencia del espectáculo que el capitán Farfán de los Godos ofreció en El Paso, en 1598, para celebrar la toma de posesión de los territorios del nuevo Reino de San Francisco, hoy Nuevo México.

La música ha sido considerada siempre por los misioneros como un preciado auxiliar para la evangelización de los nativos: a ella acudieron los jesuitas en las reducciones paraguayas como incentivo para el trabajo y como compañera de las horas de ocio, y a ella recurrieron los franciscanos en sus misiones nord-continentales, considerándose a fray Percival de Quiñonez como el primer profesor de música de la Unión, dado que a comienzos del siglo XVII ya enseñó a los indios de Nuevo México a cantar e importó desde Nueva España un órgano. Deteniéndonos brevemente en la arquitectura, merece ser exaltado el adobe como gran auxiliar y denominador común de las construcciones a uno y otro lado de nuestro puente; y parémonos a descansar en uno de los tradicionales patios coloniales, acojámonos a un fuerte militar o elevemos nuestra alma en una de las iglesias construidas a Dios. Comprobaremos las similitudes entre la Casa de la Independencia asuncena y la Villita de San Antonio, en Texas, o entre el Cabildo de Pilar y el Presidio de Monterrey, en California; y si en Paraguay es posible admirar el retablo franciscano de Yaguarón, nuestro placer estético se regodeará en la Misión jesuítica de

(11) J. Natalicio González: «Proceso y Formación de la Cultura Paraguaya». Editorial Guarania, Asunción, 1948, tomo I, pp. 295 y ss.

(12) Idem, pp. 335 y ss.

San Xavier del Bac, en Arizona, de la misma manera que nos encontraremos paralelamente con una cautivadora capilla de Loreto en la localidad misionera de Santa Rosa y con otra en la ciudad tejana de La Bahía, hoy Goliad. En materia de construcción castrense, yérguense todavía los muros del fuerte paraguayo de San Carlos, construido por Zabala y Delgadillo para contener a fines del siglo XVIII el avance de los portugueses; con el mismo nombre se erigieron tres fuertes españoles en Florida y en parecida época otros dos en Missouri, en honor del Rey Carlos III y de su hijo el Señor Príncipe de Asturias, el futuro Carlos IV; y si de todos ellos no queda traza alguna, no puede decirse lo mismo del castillo de San Marcos, en San Agustín (Florida), magnífica muestra de ingeniería militar, mandado elevar en tiempos de Carlos II el Hechizado.

Engolfémonos en el terreno de la literatura y percibiremos que los romances provenientes de la Península simultáneamente se extendieron en las tierras americanas objeto de nuestro estudio, y si en Paraguay Ciro Bayo constató su aclimatación y supervivencia (13), el californiano profesor Espinosa ha dedicado un enjundioso estudio a su existencia actual en los Estados Unidos, como en el caso de «Gerineldo» o de «La esposa infiel». Si las tierras guaraníes pueden mostrar la crónica rimada sobre la conquista rioplatense de Martín del Barco Centenera (14), el Reino de Nuevo México cuenta con el poema en treinta cantos del capitán Pérez de Villagra, exaltación del asalto a la roca de Acoma. Historia de las primeras épocas de la conquista es la «Florida del Inca», del hispano-peruano Garcilaso de la Vega; «La Argentina», de Ruy Díaz de Guzmán, es la primera historia paraguaya de los alborales tiempos de la colonización del Río de la Plata (15). Finalmente, si Alvar Núñez Cabeza de Vaca dedica su obra «Naufragios» a sus peripecias por tierras norteamericanas, recogerá en sus «Comentarios» las aventuras y desventuras de que fue protagonista en el Cono Sur del continente (16).

No se han acabado todavía los puentes por los que transitar: acompáñame, te lo ruego, querido lector, por el séptimo —si es que no te acosa la fatiga en este trajinar de un lado a otro—, es decir, por el que nos facilita la gavilla de los *nombres geográficos* hispánicos que fueron siendo sembrados a los cuatro vientos. Anotemos los versos de Agustín de Foxá...:

---

(13) Idem, p. 334.

(14) Idem, p. 345.

(15) Ruy Díaz de Guzmán: «La Argentina». Espasa Calpe, S. A., Colección Austral, n.º 519, Madrid, 1970.

(16) Alvar Núñez Cabeza de Vaca: «Naufragios y Comentarios». Espasa Calpe, S. A., Colección Austral, n.º 304, Madrid, 1971.

«Dieron nombre a las cosas como en el Día Primero, cuando
Dios dijo: rosa y mujer y marfil.
Todo el Año Cristiano bautizó al derrotero.
Cada virgen de España tuvo su isla de añil» (17).

Y así, y en necesario breve recuento, observaremos que llevan —siempre en la lengua de Cervantes— el nombre de Asunción, una bahía en Oregón y un puerto en Alaska, en la que también figura otro con Encarnación; Concepción se llama una localidad de Texas, Estado en el que igualmente se localiza un San Ignacio y un San Juan, santo este último que da su nombre a cuatro Condados de otros tantos Estados y a una isla en las costas de Alaska; tres ciudades de Illinois, Arkansas y California se conocen por San José, y Santa Fe, capital de Nuevo México, tiene a su homónima en la Argentina, hija de Asunción; Corpus Christi fue una fundación de mucha importancia en los primeros tiempos del Río de la Plata, y Corpus Christi es un progresivo puerto tejano al borde del golfo de México; una Villa Rica puede visitarse en Georgia, y se encuentra todavía en pie la Misión de San Francisco Solano, en California, confiada a la protección de un santo de tantas resonancias rioplatenses. El apellido dinástico de Borbón fue atribuido a fines del siglo XVIII tanto al fuerte construido a orillas del río Paraguay, hoy Fuerte Olimpo, como al poblado surgido en las márgenes del Mississippi, hoy New Bourbon, Estado de Missouri.

A punto de agotar los puentes tendidos nos hallamos. Queda, sin embargo, uno muy importante, que se refiere nada menos que a los *personajes protagonistas del descubrimiento,* conquista y civilización de este Continente. El apellido Gaboto se halla ligado a los aurorales aconteceres en sus dos extremos: a cuenta de Juan, por sus viajes en 1497 a las aguas de la península de Labrador y el recorrido de 300 leguas de costas contiguas; y a cuenta de su hijo Sebastián (no está probada su participación en la empresa paterna), como piloto mayor al servicio de España, buscador del vellocino fascinante —en frase de Manuel Domínguez—, justamente treinta años después, aguas arriba de los ríos Paraguay y Paraná y fundador de Sancti Spiritus. Otro apellido, Mendoza, ilustre entre los ilustres de los linajes hispánicos, actúa como protagonista en el norte a través del virrey de Nueva España, Antonio, el promotor del envío de los dominicos a Florida, el financiador de las expediciones de fray Marcos de Niza y de Vázquez de Coronado a Nuevo México, el continuador de las exploraciones marítimas de Hernán Cortés hasta las costas de Oregón (de aquí

(17) Agustín de Foxá: «12 de octubre en las Antillas», en «Revista Mundo Hispánico», Madrid, octubre 1948, n.º 9.

el Cabo Mendocino) y el acogedor, en forma espléndida, a los derrotados componentes de la expedición de Hernando de Soto, y a Alvar Núñez Cabeza de Vaca tras su epopeya como miembro de las huestes de Pánfilo de Narváez; como protagonistas en el Sur, cabe reseñar una frondosa nómina de Mendozas: Gonzalo, Francisco, Antonio y, sobre todo, don Pedro, el desgraciado Primer Adelantado del Río de la Plata y fundador de la primera Buenos Aires. Homónimos son, y sin duda parientes, Francisco y Juan de Garay: el primero, gobernador de Jamaica y quien envió a Alvarez de Pineda para explorar las costas septentrionales del golfo de México, y en memoria de lo cual aparece localizado, en el mapa de Ribeiro, el actual borde meridional de los Estados Unidos, como «tierras de Garay»; y el segundo, Juan de Garay, capitán general del Paraguay y autor, entre otros hechos dignos de recordación, de la fundación de la actual Buenos Aires en 1580. Los Cárdenas aparecen en ambas latitudes y, si tenemos un famoso obispo asunceno, fray Bernardino, de destacada intervención en el capítulo de los comuneros paraguayos, en el Norte tiene marcado renombre la actuación de García López de Cárdenas como descubridor del portentoso Cañón del Colorado (no olvidemos la placa en homenaje a otro conquistador, Alvar Núñez, en el ámbito de parejo portento de la naturaleza: las cataratas de Yguazú).

Ocupándonos ahora de protagonistas de gestas en ambos extremos continentales, procede que mencionemos en primer lugar al piloto Esteban Gómez, quien formó parte de la expedición de don Pedro de Mendoza, acompañó a Ayolas en su trágica entrada en el Chaco y quien —en opinión de Manuel Domínguez— había ya muerto para 1542, quizás en Candelaria, quizás en Asunción. Ese mismo Gómez visitó las costas orientales de los Estados Unidos en 1525, alcanzando las tierras canadienses de Nova Scotia y descendiendo hasta Cuba, no sin haber avistado, e incluso desembarcado en el cabo Cod, la isla de Nantucket, las desembocaduras de los ríos Connecticut, Hudson y Delaware, y quizá la bahía de Chesapeake. Gómez bautizó, por ejemplo, en el Estado de Maine como Campo Bello a una atractiva isla en que desembarcó, y con el de Casco y Saco a dos bahías que conservan tales nombres. Nada tiene de particular, pues, que en el ya aludido mapa de Diego Ribeiro, confeccionado en 1529, aparezcan como «tierras de Gómez», las extensas regiones vecinas a los puntos visitados. Otros personajes de la común historia son, sin duda alguna, parientes: los Dorantes, y me atrevo a afirmar tal, a pesar de no haber podido realizar detallada investigación, basándome en su presencia en ambos hemisferios siempre en compañía de Alvar Núñez Ca-

beza de Vaca. Perteneciente éste con Andrés a la trágica expedición de Pánfilo de Narváez y llegados a tierra el 6 de noviembre de 1528 a consecuencia del naufragio acaecido en costas de Texas en el emplazamiento de la ciudad de Galveston, se dispersaron involuntariamente, y no volvieron a encontrarse hasta seis años después, en 1534, en las márgenes del río Guadalupe, en el ámbito territorial de aquel Estado. Los dos, junto con el capitán Alonso Castillo y el esclavo moro Estebanico, unieron sus fuerzas y, tras un malogrado intento de huida, consiguieron escapar al año siguiente para llegar, como fin de un largo y accidentado recorrido, a la ciudad de Méjico. Pedro Dorantes aparece acompañando al segundo Adelantado del Río de la Plata a su llegada a Asunción, pero posteriores divergencias con Cabeza de Vaca hacen que participara en su derrocamiento y que se convirtiera en uno de los oficiales que con mayor decisión apoyó a Irala. Bien sabido es que Pedro Dorantes fue el último sobreviviente de los primeros conquistadores, y falleció en Asunción «de puro viejo» el año 1579, dejando numerosa descendencia mestiza.

Figura de importancia excepcional es la de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, cuya intervención en ambos continentes es bien conocida. La lectura de sus escritos ofrece un riquísimo filón al historiador, al sociólogo y a cuantos tengan capacidad de asombro, y su agitada vida, sus acciones y sus errores dan materia para la composición de un cuadro como el ofrecido por Carlos Zubizarreta (18).

Alvar Núñez Cabeza de Vaca ostenta con justicia el doble título de peatón y periodista número uno de los Estados Unidos, al ser el primero en cruzar Norteamérica del este al suroeste antes que otro alguno lo hiciera y al realizar en su obra «Naufragios» la primera descripción, aunque sólo sea en parte, de los territorios de la Unión. Su hazaña caminera es difícil de comprender aun en nuestros días, ya que pisó los Estados de Florida, Alabama, Mississippi y Luisiana, como miembro de la expedición de Narváez, y recorrió por su cuenta después, en el curso de ocho años, los de Texas, Nuevo México y Arizona, para entrar en Nueva España y caminarla igualmente hasta la ciudad de Méjico. Esta primera travesía trascontinental mereció la debida conmemoración en 1935 al acuñarse en los Estados Unidos una moneda de 0,50 dólar de valor, en la que junto al mapa de aquellos Estados aparecen el nombre del héroe español y una «cabeza de vaca», de frente (dado que no encontraron su retrato); con su acuñación se pretendió levantar un monumento a la humana resistencia

(18) Carlos Zubizarreta: «Capitanes de la Aventura». Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1957.

para el sufrimiento. Alvar Núñez llegó a hablar seis lenguas indias y se convirtió en un excelente curandero, cuando no milagrero, en el curso de sus largos años de cautiverio.

Es curioso recordar que ningún provecho sacó Cabeza de Vaca de su estancia norteamericana, como no sea la fama que le dieron sus escritos, y que durante aquel penoso período ninguna acción de conquista pudo realizar (si descontamos los primeros intentos en su calidad de componente de la expedición de Narváez). En cambio, sus fantásticos relatos sobre las riquezas entrevistas en sus afanosas andanzas, si no tuvieron como corolario la organización de alguna empresa colonizadora con él a su frente, calentaron los cascos del virrey y de sus colaboradores y constituyeron el origen de las exploraciones mejicanas que se sucedieron, tras el viaje confirmatorio de fray Marcos de Niza, a cuenta de Vázquez de Coronado y de Juan de Oñate. En tanto, Hernando de Soto conseguía del Emperador, como consecuencia, el título de Adelantado de la Florida, Alvar Núñez —de regreso en España— obtenía el de Adelantado del Río de la Plata, a base de informes sobre este sector, tan inexactos como los proporcionados por él sobre las tierras norteamericanas entrevistas.

El conquistador jerezano arribó a las costas del Brasil en 1541 y se dirigió desde Santa Catalina hacia Asunción por vía terrestre. Tremenda distancia y tremendo esfuerzo. Arribó a su destino un año después, y se hizo cargo inmediatamente de la gobernación. Una expedición calamitosa al Chaco y desacierto en las medidas adoptadas le acarrearon el descontento entre un grupo de conquistadores, quienes terminaron por arrestarlo y enviarlo a España preso. Cabeza de Vaca es quizás el único conquistador que volvió a su Patria por dos veces, después de haber protagonizado hechos increíbles en dos escenarios distantes y colosales, y es también uno de los pocos que murieron en su tierra natal, lejos de los paisajes de sus afanes. La talla de nuestro personaje y su notable participación en los primeros días de la adscripción de Paraguay y Estados Unidos a la civilización cristiana son tales que bien merecería su figura ser objeto de meditación para los responsables de la política cultural entre aquellos dos países.

Echemos al aire, por fin, los elementos para tender el último puente, el noveno de nuestra empresa: el de la *ilusión,* el de un buscado imposible, una imposible hazaña —en versos de Rubén—, el del travieso y cruel duendecillo que abusando de la inocencia medieval de rudos varones incitó a las más portentosas hazañas que promoverían el descubrimiento y conquista de dilatadas tierras, hoy incorporadas al mundo occidental. Con diferentes formas se presentó el espejue-

lo que encandiló a jóvenes y viejos: unas veces a modo de paraísos terrenales o ciudades míticas, otras en guisa de reinos gobernados y habitados exclusivamente por hembras, las más como parajes de fabulosas riquezas. Y así contemplamos los trajines en el Río de la Plata a cuenta de países legendarios, cuyos ecos cambian el rumbo de Sebastián Gaboto y llenan las líneas y entrelíneas testamentarias del moribundo Pedro de Mendoza; y cunde la noticia de la longevidad —hasta ciento cincuenta años— de sus naturales, según recoge Oviedo, se difunde la Relación de Hernando de Ribera sobre la gobernación de las Amazonas a diez jornadas de distancia (19), y el alemán Schmidl se encarga de hacer perder el juicio a mucha gente sobre la indubitable realidad de El Dorado. El Dorado, señuelo que también obnubila al norte del río Bravo, y de cuyo nombre quedan rastros en ciudades de Arkansas, Iowa, Kansas, Nevada y Missouri y en un condado californiano. Son la existencia de las Siete Ciudades de Cibola o de la Gran Quivira —a la que en sus versos incluye el Fénix de los Ingenios— los motores que mueven la ascensión hasta Nebraska de las exploraciones de Coronado y de Oñate, y es California, el dominio de la reina Calafia, con amazonas por súbditos, la que es descrita con mano maestra por Ordóñez de Montalvo en su libro de caballería «Las Sergas de Esplandian». Florida fue descubierta, y el hombre blanco holló por vez primera las vírgenes tierras norteamericanas, como consecuencia de la incesante persecución por Ponce de León de la legendaria fuente de la juventud en pos del amor de su amada.

He aquí los puentes hispánicos que una provisional ojeada ha encontrado existentes entre los Estados Unidos y el Paraguay, países en los que, por razones familiares, he echado hondas raíces. Que su despliegue colabore en mis buenas intenciones de unir a éstos, a través del prisma siempre constructivo de mi Patria.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Embajada de España
Asunción (Paraguay)

---

(19) Manuel Domínguez: «El Alma de la Raza». Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1946, pp. 90 y ss.